

Plutocracia, meritocracia y democracia

Francisco Miró Quesada Rada

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

fmiroquesadarada@gmail.com

Lima - Perú

Resumen

En este artículo, se aborda cómo las dictaduras, la plutocracia y la meritocracia socavan los principios fundamentales de la democracia y el humanismo. Se respalda esta afirmación con las investigaciones de destacados académicos como Robert Dahl, Thomas Piketty, Michel Sandel, Noam Chomsky y Yuval Noam Harari, quienes han explorado en profundidad este fenómeno.

La plutocracia, caracterizada por el control económico de grupos poderosos sobre el Estado, impacta tanto la democracia como el humanismo. Estos grupos priorizan sus intereses económicos sobre otros valores, instrumentalizando al Estado en su favor. Al convertir el dinero en un valor en sí mismo, ignoran la dignidad de las personas y erosionan la esencia misma de la democracia.

La meritocracia, que otorga poder a quienes poseen méritos, también resulta antidemocrática al anteponer el conocimiento sobre la igualdad, un principio central de la democracia. Aquí, el poder se deriva de la posición ocupada en la estructura estatal, generando una concentración de poder basada en habilidades limitadas a una especialización. Este sistema se asemeja a la aristocracia, dividiendo a la sociedad en los que “saben” y, por lo tanto, deben gobernar, y los que no, excluyéndose del proceso de toma de decisiones.

Tanto la plutocracia como la meritocracia excluyen a las mayorías, ya sea basándose en el poder económico o en el conocimiento político. Esta exclusión atenta contra la esencia de la democracia, que exige la no discriminación de ningún



individuo. Asimismo, esta exclusión va en contra de los principios del humanismo, ya que toda forma de discriminación menoscaba la dignidad humana.

Palabras clave: Elite, plutocracia, meritocracia, humanismo, democracia.

Abstract

In this paper, we discuss how not only dictatorships, but also plutocracy and meritocracy, undermine the foundational principles of democracy and humanism. This assertion is supported by the research of prominent scholars such as Robert Dahl, Thomas Piketty, Michel Sandel, Noam Chomsky, and Yuval Noah Harari, who have extensively explored this phenomenon.

Plutocracy, characterized by the economic control of powerful groups over the state, impacts both democracy and humanism. These groups prioritize their economic interests over other values, instrumentalizing the state in their favor. By turning money into a value in itself, they disregard human dignity and erode the very essence of democracy.

Meritocracy, which empowers those with merits, is also antidemocratic, as it places knowledge about equality, a central tenet of democracy. Here, power is derived from the position held within the state structure, leading to a concentration of power based on skills limited to a specialization. This system resembles aristocracy, dividing society into those who “know” and therefore should govern, and those who do not, excluding them from the decision-making process.

Both plutocracy and meritocracy exclude majorities, either based on economic power or political knowledge. This exclusion



goes against the core of democracy, which demands non-discrimination of any individual. Likewise, this exclusion contradicts humanism's principles, as any form of discrimination undermines human dignity.

Keywords: *Elite, plutocracy, meritocracy, humanism, democracy.*

En nuestra obra *Del Ágora Ateniense al Ágora Electrónica. El Futuro de la Democracia* (2007) sostenemos que La idea de acumulación y la ganancia propia del capitalismo entran en conflicto con los principios de libertad e igualdad de la democracia, porque el capitalismo como si fuera una especie de autoritarismo económico, tiende hacia la concentración del poder de quienes poseen y controlan la riqueza, en cambio la democracia tiende a que el poder se distribuya en la sociedad.

Como señala Noam Chomsky (2014), “El beneficio es lo que cuenta”, que además es el título de una de sus obras. Como se sabe, las dictaduras son una amenaza para las democracias, pero ella está amenazada por formas más sutiles de dominación y a veces no tan sutiles como son las plutocracias, la meritocracia, el elitismo, el populismo, pero sobre todo la desigualdad. Por lo general estas formas de dominación están vinculadas. En el primer caso, con los grupos de poder económico que, organizados en grandes corporaciones al concentrar la riqueza paralelamente, controlan el poder

del Estado a través de diversos medios de penetración y de influencia. Es decir, utilizan el Estado y su estructura administrativa (la burocracia) poniéndola a su servicio. Ello quiere decir que la gobernanza, o gobernabilidad, como se denomina al pilotaje del gobierno está al servicio de estos grupos de poder y de la ideología que justifica sus intereses.

Hay casos emblemáticos de ejercicio del poder, tanto a nivel nacional como internacional, de estas plutocracias (en Rusia las llaman oligarquías) modernas y contemporáneas. Sólo basta recordar los conocidos casos en América Latina, como los golpes de Estado contra los gobiernos de Jacobo Arbens en Guatemala y Salvador Allende en Chile que fueron gobiernos democráticos opuestos a los grupos de poder económicos locales y de las grandes corporaciones transnacionales. Son casos conocidos las dictaduras de Uruguay, Argentina y Brasil. También en el Perú donde, en 1948, la plutocracia terrateniente vinculada con la banca financió el golpe de Estado encabezado por el general Manuel Odría, contra el gobierno democrático del Dr. José Luís Bustamante y Rivero. Igualmente esta oligarquía terrateniente tenía lobbies y vínculos muy directos con los congresistas apristas y adrüistas con la finalidad de sabotear las reformas democráticas del arquitecto Fernando Belaunde Terry, durante su primer gobierno (1963-1968), que para desgracia de esta oligarquía desembocó en el golpe militar encabezado por el general Juan Velasco



Fig. 1. La plutocracia, caracterizada por el control económico de grupos poderosos sobre el Estado, impacta tanto la democracia como el humanismo. Fuente: www.lapalabrabierta.com/2018/08/14/revive-la-plutocracia/#prettyPhoto/0/

Alvarado que fue de izquierda nacionalista, pero que más allá de algunas reformas necesarias, terminó con la democracia como toda dictadura. Los grupos de poder económico peruanos apoyaron el golpe desde Palacio de Alberto Fujimori en 1992, sin importarles que la democracia fuera barrida y por la fuerza esta dictadura impuso, incluso constitucionalmente, el Consenso de Washington.

Puesto que lo que cuenta prioritariamente es el beneficio económico, estas plutocracias apoyan a las dictaduras cuando saben que pueden hacer dinero, pero también a las democracias cuando en ellas también pueden tener ganancias: no la apoyan por los valores que esta forma de gobierno tiene: “con un cinismo que sólo pueden permitirse los verdaderamente poderosos”, como afirma Chomsky (1999-96). Parafraseando a Yuval Harari, podemos decir que el mundo se ha convertido en un mundo enorme y despiadado. El historiador sostiene lo siguiente:

... la historia económica de la humanidad es una danza delicada. La gente se basa en el dinero para facilitar la cooperación con extraños, pero teme que corrompa los valores humanos y las relaciones íntimas, por eso es imposible entender la unificación de la humanidad como un proceso puramente económico (2016, p. 210).

Por consiguiente, los partidos y movimientos democráticos por la libertad, la igualdad, la dignidad y el autogobierno de los pueblos deben combatir y denunciar a estas plutocracias nacionales e internacionales, si quieren lograr una sociedad justa y libre de toda forma de dominación. Parafraseando a Chomsky, sostenemos que la democracia no puede estar sometida a la dictadura de las finanzas.

Otra práctica que afecta a la democracia es la meritocracia. Como se sabe la meritocracia quiere decir el poder del mérito, el poder de los que tienen mérito, a diferencia de la democracia que es el poder del pueblo. En consecuencia, esta meritocracia es una especie de aristocracia del saber, que concentra el poder ocupando cargos públicos adquiridos por concurso de méritos.

Esto pareciera una opción mejor que el clientelismo en donde el poder se distribuye en una camarilla política o que utiliza el poder para repartir cargos públicos sin importar la idoneidad profesional de las personas e incluso la idoneidad ética, pero en el fondo no lo es porque muchos que llegan al poder por concurso público de méritos, que no es algo negativo en sí mismo, tienden a concentrarse, generando una tecnocracia y esto no es democrático porque el poder se



Fig. 2. La meritocracia, que otorga poder a quienes poseen méritos, también resulta antidemocrática al anteponer el conocimiento sobre la igualdad, un principio central de la democracia. Fuente: Internet

concentra en unos técnicos. No es el saber lo que está en cuestión, sino los casos en que personas con saber lo utilizan para concentrar poder.

La meritocracia ha sido duramente criticada por destacados pensadores de valor universal como Robert Dahl, Thomas Piketty y Michael Sandel. Explicando la utopía de Platón conocida como de los “reyes filósofos”, o el gobierno de los sabios, el politólogo norteamericano Robert Dahl (1985) hace una severa crítica a la meritocracia salvando a los filósofos profesionales de estar incurso en ella. Primero porque los que gobiernan y administran los asuntos del Estado no están muy interesados en temas de los filósofos y luego porque los filósofos, en su gran mayoría, están más preocupados en los asuntos de la verdad que en la búsqueda y el ejercicio del poder, salvo excepciones porque pueden pasar, por lo general brevemente por la política, ya sea como ideólogos de partidos políticos, ministros de Estado y otros cargos producto de las elecciones democráticas.

El mismo Platón en su *Carta Séptima* explica que pensó dedicarse a la política, cuando un discípulo suyo llegó a ser Arconte de Siracusa, una poli de la Magna Grecia situada en la isla de Sicilia, diciendo que dicho paso fue muy malo porque se produjo un golpe de Estado, siendo capturado con la intención de venderlo como esclavo en Anatolia (Turquía). Por esa época él tenía 70 años, una edad muy avanzada sobre todo en su época. Sin embargo, pudo salvarse de este peligro, porque el barco, que se dirigía en dirección a Anatolia, acoderó en el puerto ateniense en el Pireo y unos amigos aristócratas que se enteraron de su situación pagaron un fuerte rescate salvándolo de caer



en la esclavitud. Solamente una filósofa, la famosa Hipatia de Alejandría, sufrió más que él, porque fue mujer y a la vez una pensadora griega que predicaba el politeísmo. Fue asesinada a pedradas por una turba monoteísta cristiana azuzada por Cirilo, que no debería ser considerado santo por la Iglesia. Este Cirilo, junto con Metodi, fue a predicar el cristianismo a los pueblos eslavos, enseñando el alfabeto griego que también se conoce como cirílico.

Dahl, en su obra *El Control de las Armas Nucleares*, afirma lo siguiente sobre la meritocracia:

Una democracia imperfecta es un infortunio para su pueblo, pero un régimen autoritario es una abominación. Si la prudencia aconseja una estrategia de combinación de máximos y mínimos- optar por la mejor alternativa ofrecida por los peores resultados del siglo XX-nos habla en forma contundente en contra de la meritocracia (1985, p. 90).

Luego agrega:

Así como rechazamos el paternalismo en lo que hace a las decisiones individuales, porque impide el desarrollo de nuestra propia capacidad moral, también es preciso que rechacemos la meritocracia en los asuntos públicos, porque impedirá el desarrollo de la capacidad moral de un pueblo entero. A modo de ventaja, sólo la concepción democrática puede ofrecer la esperanza de que, mediante el compromiso de gobernarse a sí mismo, todo un pueblo, y no sólo unos pocos individuos, aprendan a actuar como seres humanos moralmente responsables (1985, p. 919).

De acuerdo a Thomas Piketty (2019), la meritocracia es un tipo de discurso que va de la mano con otros, el de la exaltación de los empresarios y millonarios. En otros términos, la meritocracia es un subproducto de la plutocracia. En realidad, lo ha sido desde Platón hasta nuestra época, pero desde luego en contextos ideológicos, políticos, económicos y sociales distintos.

Un solo ejemplo: José Carlos Mariátegui, uno de los más importantes pensadores peruanos que figura junto con dos destacados filósofos Francisco Miró Quesada Cantuarias y Augusto Salazar Bondy, en el diccionario filosófico de Oxford, quizás el más importante y uno de los más rigurosos del mundo, no podía ejercer la cátedra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos porque no tenía título profesional. Por esta razón, los jóvenes peruanos de aquella época que estudiaban filosofía no gozaron de las enseñanzas de un gran pensador como el llamado Amauta.

Ello sucedió porque la visión del mundo meritocrático exige requisitos que se inspiran en la ideología neopropietarista. Esta ideología se apoya, según Piketty (2019), en el fracaso del comunismo, el miedo al vacío que genera la posibilidad de redistribuir la riqueza y un régimen de libre circulación, sin información compartida y sin una finalidad común, tiene como régimen político e ideológico una serie de debilidades que deben cambiarse y superarse. Estas debilidades son:

La opacidad financiera y el aumento de las desigualdades que complican considerablemente la resolución del desafío climático, y fundamentalmente, conducen a la insatisfacción social, cuya solución requiere una mayor transparencia y una mejor redistribución, a menos que se quiera que aumente las tensiones identitarias, que son cada día más fuertes. Como todos los regímenes desigualitarios, este es inestable y evolutivo (2019, p. 844).

Otro aspecto que caracteriza a la meritocracia, es el sistema selectivo para los que ingresan a la universidades públicas, pero también a las privadas como advierte Sandel (2020), que deja fuera de carrera a los que no han podido ingresar porque “su inteligencia” y “sus conocimientos” no se adecuan al esquema de unos exámenes elaborados por unos expertos que operan bajo ciertos parámetros y paradigmas internacionalizados de una pedagogía no crítica sino de carácter neo propietarista, como indica Piketty (2020).

El ingreso a la universidad, para ser democrático, es decir igual para todos, no debe depender de exámenes previos, porque es una forma de desigualdad, amparada en la idea de que el conocimiento debe ser selectivo. La argumentación meritocrática de que deben gobernar “los que más saben”, es tan igual como el antiguo argumento de que las mujeres no deberían votar porque no estaban capacitadas para participar en política y no podían ir a las universidades porque su lugar era la casa y eran menos inteligentes que los hombres. Argumentos ideológicos que rayan con una de las tantas estupideces de la humanidad.

Los partidarios de la meritocracia nos dicen que el pueblo debe ser gobernado por unos sabihondos. Es decir, por una minoría que se dice saben mucho de los asuntos públicos, pero en el fondo este argumento es puro elitismo, porque se discrimina a las grandes mayorías, que se consideran no estar capacitadas para gobernar, por carecer de los conocimientos y de los títulos adecuados para ejercer una función pública.

Nada más antidemocrático que esto, porque en una democracia todos somos iguales y deben gobernar quienes son elegidos por la mayoría de los electores y no por unos burócratas que medran con los cargos públicos por más experticia que tengan, más allá de la utilidad o inutilidad del rol que desempeñan en el aparato del Estado. Por lo demás, estos funcionarios deben estar al servicio no sólo de las autoridades elegidas, sino del pueblo mismo, en lugar de concentrar poder a partir de sus conocimientos, que además son especializados, es decir limitados. Por eso la meritocracia es fuente de desigualdad, lacera y daña profundamente la igualdad, que junto con la libertad son los dos principios fuertes de la democracia, como bien afirma Robert Dahal.

El filósofo norteamericano Michael J. Sandel (2020) nos habla de la tiranía de la meritocracia, en su libro del mismo nombre, sosteniendo que ésta agudiza y no resuelve el problema de la desigualdad lo que afecta el funcionamiento de la democracia. Al respecto sostiene lo siguiente:

Una meritocracia perfecta expulsa toda sensación de ser vencidos por don o gracia de algunos. Expulsa nuestra capacidad de concebirnos como seres que compartimos un destino común. Deja escaso margen a la solidaridad que puede surgir cuando reflexionamos sobre la naturaleza azarosa de nuestras aptitudes y fortunas. Eso es lo que hace que el mérito sea una especie de tiranía o gobierno injusto (2020, p. 38).

Por otro lado, sostiene que:

Existe una política de la humillación que se expresa en la soberbia de la élite que es mortificante. Además, afirma que la política de la humillación tiene un sentido, distinto a la política de la injusticia. La protesta contra la injusticia se proyecta hacia fuera; uno se queja de que el sistema está amañado, de que los gobernantes han manipulado para llegar arriba. La protesta contra la humillación tiene una mayor carga psicológica. En ella la persona combina el rencor hacia los ganadores con una irritante desconfianza hacia sí mismo; quizás los ricos sean ricos porque se lo merecen más que los pobres, quizás los perdedores sean después de todo cómplices de su propio infortunio (2020, p. 38).

Esta política basada en la humillación tiene mucha más carga sobre otros sentimientos humanos según Sandel. Para él, se trata de “un potente ingrediente del volátil caldo de ira y resentimiento que alimenta el populismo” (2020, p.38).

Haciendo un repaso sobre los diversos conceptos de meritocracia, desde los mandarines chinos, pasando por Platón y Aristóteles, hasta llegar a los fundadores de los Estados Unidos de Norteamérica, compara estas versiones clásicas de meritocracia con su concepción actual.

Nuestra versión tecnocrática de la meritocracia corta todo vínculo entre mérito y juicio moral. En el terreno de la economía se limita a asumir que el bien común viene definido por el PBI y que el valor de las personas equivale al valor del mercado, de los bienes y servicios que vende. En el terreno del gobierno, presupone que el mérito significa conocimiento experto tecnocrático (Sandel, 2020, p. 41).

Este concepto de mérito depende de los mecanismos del mercado y de que el discurso político se abstenga de abordar las grandes cuestiones morales y cívicas que deberían ser la base del discurso político, argumenta Sandel. Por ejemplo, entre varias interrogantes se

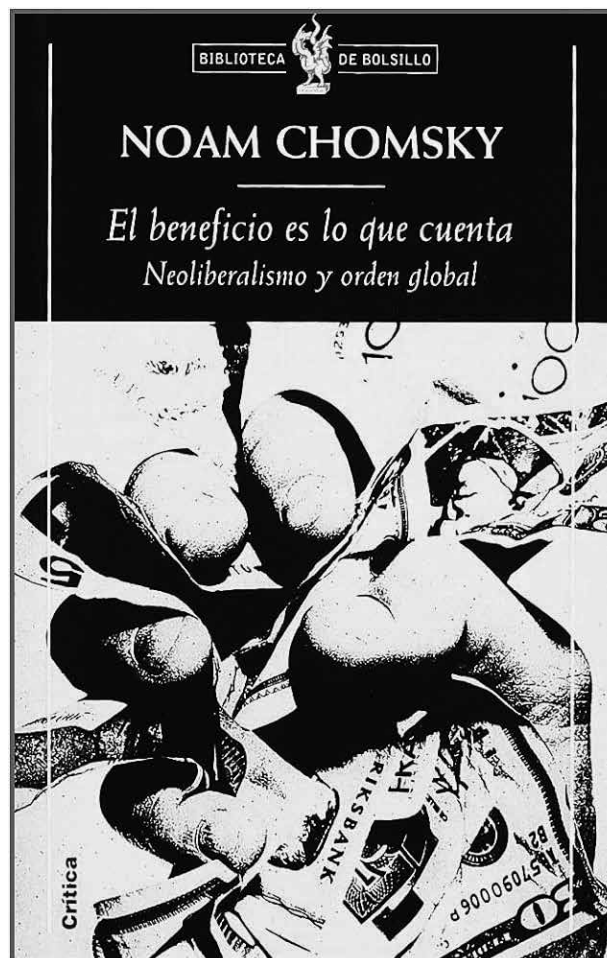


Fig. 3. *El Beneficio es lo que cuenta*. Noam Chomsky, 2014. Fuente: Internet.

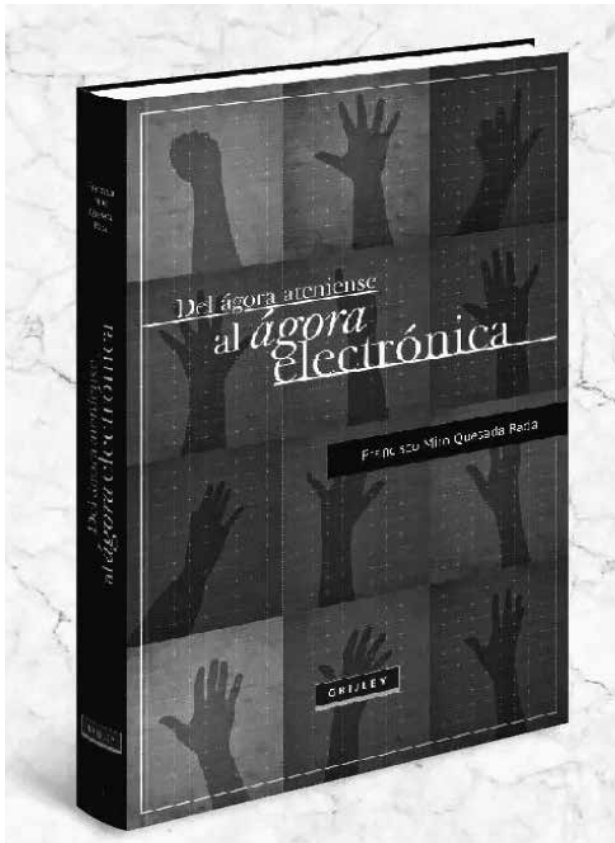


Fig. 4. *Del Ágora Ateniense al Ágora Electrónica. El Futuro de la Democracia*. Francisco Miró-Quesada Rada, 2007.

Fuente: Internet.

pregunta: ¿qué deberíamos de hacer a propósito de la desigualdad?, y afirma que:

Esta forma moralmente estrecha de concebir el mérito y el bien público ha debilitado a las sociedades democráticas en varios sentidos. El primero es el más obvio: durante las últimas cuarenta décadas, las élites meritocráticas han realizado una labor no tan demasiado buena que digamos. Desde luego, no como la élite que gobernó Estados Unidos de 1940 a 1980, ganó la Segunda Guerra Mundial, ayudó a reconstruir Europa y Japón, reforzó el Estado de bienestar, puso fin a la segregación racial y ejerció su liderazgo durante cuatro decenios caracterizados por un crecimiento económico que favoreció por igual tanto a ricos como a pobres. Por el contrario, la élite que ha gobernado desde entonces nos ha traído cuatro décadas de salarios estancados para la mayor parte de los trabajadores, desigualdad de renta y riqueza que no se veía desde la década de 1920 (2020, p. 42).

Por eso, explica Sandel que el mérito tecnocrático “no sólo ha fallado como un modo de gobierno, sino que ha estrechado los márgenes de un proyecto cívico” (2020, p. 42)

Pero lo más grave de esta situación es que este mérito tecnocrático ha modificado los términos de referencia social y político, si por política entendemos control del aparato estatal. Esta modificación se debe a que:

El prestigio de las clases profesionales con altas credenciales laborales y académicas, paralelamente ha despreciado los aportes de los trabajadores, erosionando el nivel social y la estima sociales de los que dichos trabajadores gozaban, por esta razón señala Sandel- que el mérito tecnocrático contribuye de modo más directo al indignado y polarizado enfrentamiento político de nuestro tiempo (Sandel, 2020, p. 43).

Haciendo referencia al pensamiento de Michael Young, que en su obra *El triunfo de la meritocracia*, escrita en 1958, explica cómo este autor predijo que la meritocracia da lugar a la soberbia de los meritócratas y al resentimiento de los injustamente excluidos de esta categoría. Al respecto, afirma que “este autor no creía que la meritocracia fuese un ideal al que aspirar, sino una fórmula de discordia social garantizada”. (Sandel, 2020, p.44).

Por esta razón, el debate democrático ha quedado vacío de contenido y significado porque perdió su esencia participativa ciudadana, para convertirse en un intercambio de ideas entre unos cuantos sabihondos que quieren regir el destino de las naciones, de los estados y de la humanidad. Unos sabihondos, que anteponen sus conocimientos a la naturaleza del régimen político al que sirven, sin importarles si es democrático o dictatorial, amparados en la idea de que la técnica no tiene color político.

Entonces, un técnico puede estar indistintamente con Dios y con el diablo. Bajo la apariencia del saber también se pueden esconder muchos crímenes, que la meritocracia tecnocrática no denuncia, con las excepciones a esta regla, claro está. Esta es la actual realidad y ha fracasado porque debido a la meritocracia, que se aleja de vincularse con la ciudadanía, ha renacido el populismo, tanto de izquierda como de derecha, que por tener ribetes autoritarios lacera los principios y valores de la democracia y del humanismo.

Ante esta realidad, dice Sandel:

Cuatro décadas de globalización impulsada por el mercado ha vaciado el discurso público, ha desposeído del poder a los ciudadanos corrientes y han propiciado una reacción populista adversa que trata de revertir nuestra desnuda arena pública con un manto de nacionalismo intolerante y vengativo (2020, p.45).

El filósofo norteamericano propone la revitalización de la política democrática repotenciando el discurso público, desde el punto de vista moral, a través de una actitud que tome más en serio el corrosivo efecto que este afán meritocrático, centrado en el éxito, afecta los lazos sociales que se basan en nuestras relaciones con los demás.

Sandel observa que son muy pocos los espacios públicos que reúnen a las personas por encima de sus diferencias de clase, raciales, de etnia, religión, porque hay una distancia abismal entre los adinerados y los humildes, como por ejemplo sucede en el Perú. Muy pocas veces hay encuentros pluriclasistas. “Cuatro décadas de globalización impulsada por el mercado han compartido una desigualdad de renta y riqueza tan pronunciadas que nos han conducido a llevar estilos de vida diferentes.” (2020, p. 290). También afirma lo siguiente:

La convicción meritocrática de que las personas se merecen la riqueza (cualquiera que se) con la que el mercado premia sus talentos hace de la solidaridad un proyecto casi imposible. Y es que, en ese caso ¿por qué las personas que triunfan no iban a deber nada a los miembros no tan favorecidos de la sociedad? (2020, p. 292).

La meritocracia del mercado ha dividido el mundo entre *winner*s y *loser*s. Entre los que deben tener méritos por saber y los meritados por no saber. Es ganador el que ha hecho plata y es perdedor el que no. Es ganador el que tiene un título y es perdedor el que no. Es ganador el que tiene el poder y el que no lo tiene es perdedor. Es una discriminación total, es una creencia sin base científica, como muchas otras creencias excluyentes. Es la gran alienación en la era de la globalización y el neoliberalismo, que ha entrado en crisis. Es la máxima expresión de la cultura de la desigualdad y por ende antidemocrática.

Para superar esta tiranía del mérito tenemos que democratizar el acceso al conocimiento y cambiar los paradigmas del neoliberalismo por otro que sea humanista, en donde el ser humano valga en sí mismo sólo por el hecho de serlo, por sus condiciones intrínsecas y no por lo que tiene, es decir, por sus condiciones extrínsecas. Pero para lograr ello tiene que haber un profundo cambio ético, social y cultural, un cambio de la ideología del mercado, de una visión mercadocéntrica del mundo, por una ideología antropocéntrica. Que la sociedad no sea diafórica, sino humanista. Como afirma el intelectual y periodista peruano Oscar Miró Quesada de la Guerra, debemos

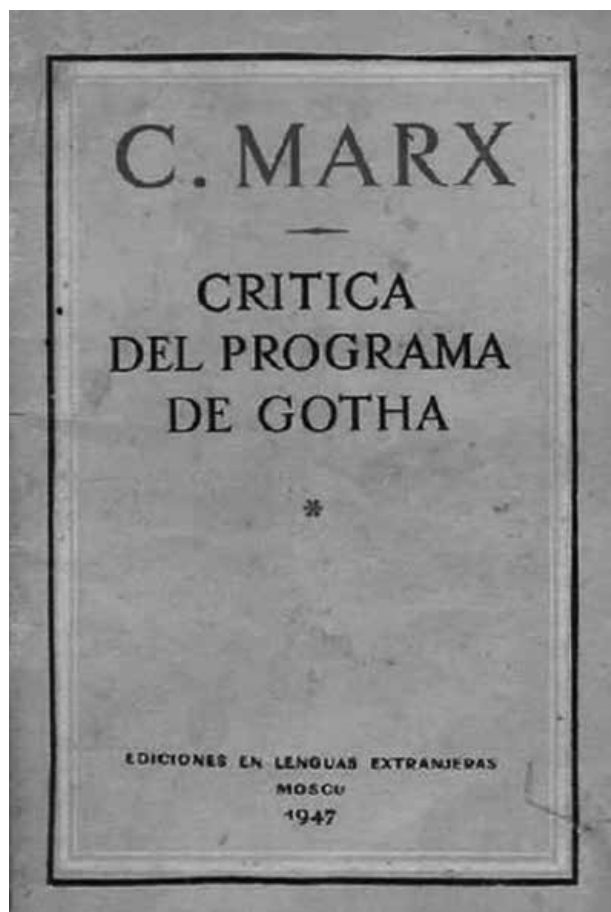


Fig. 5. *Crítica del Programa de Gotha*. Carl Marx, 1947. Fuente: Le-livre.com

pasar “de la economía del egoísmo a la economía de la solidaridad,” que hoy nos separa. Esta frase es además, uno de los títulos de sus libros, dice con razón Michel Sandel.

La humanidad es el punto de partida del camino de vuelta desde la dura ética del éxito que hoy nos separa. Es una humildad que nos encamina, más allá de la tiranía del mérito, hacia una vida pública con menos rencores y más generosidad (2020, p. 292)

En su conocida *Crítica del Programa de Gotha*, Marx plantea, entre varios temas, que para una sociedad comunista del futuro es necesario considerar la diferencia individual no desde la perspectiva del reconocimiento diferencial de los méritos, sino en la atribución “a cada uno según sus necesidades”. Por su parte Lorenzo Fischer, profesor de la universidad de Turín, explica “que si bien las diferencias naturales son aceptadas si se rechazan la sanción social de las mismas; se trata de reconocerlas para impedir que las desiguales capacidades individuales, y por lo tanto capacidades de rendimiento, se transformen en privilegios” (Bobbio y Matteucci, 1985, p. 997).



Precisamente de eso se trata, porque la meritocracia afecta la igualdad democrática al poner por encima a un grupo supraordinado “los que más saben”, de los grupos subordinados “los que menos saben”, una manera más de imponer una ideología y política elitista, bajo la idea de que debe gobernar sólo la élite porque es la que más sabe, además de tener poder económico y por ende político. La meritocracia es una oligarquía basada en el conocimiento, vinculada a una plutocracia, que busca y muchas veces consigue, que esa meritocracia esté a su servicio.

Allí está todo el entramado teórico elitista de la clase llamada a gobernar, que Gaetano Mosca denominó la “clase gobernante”. El alemán Michels justifica este concepto a través de lo que él llama “la ley de hierro de las oligarquías al interior de los partidos políticos” y de manera más elegante Wilfredo Pareto se refiere a la circulación de las élites. Como se sabe, estas teorías sirvieron para justificar el fascismo, el nazismo, el racismo. A las ideologías y regímenes totalitarios. La justificación de una forma de dominación basada en la idea de que una raza es superior intelectual y biológicamente que otras, en consecuencia, debe gobernar y dominar el mundo, a otras razas intelectual y biológicamente inferiores. Nada más antidemocrático y anti humanista que estas teorías.

Referencias bibliográficas

- Acemoglu, D. y Robinson, J. (2020). *El Pasillo Estrecho*. Colombia: Ed. Ariel
- Bobbio, N., y Matteucci, N. (1985). *Diccionario de Política*. México. Siglo XXI
- Bookchin, M. (2022). *Ecología de la Libertad*. Madrid: Capital Swing.
- Brown, W. (2016). *El Pueblo sin Atributos*. Barcelona: Malpaso.
- Chomsky, N. (2014). *El beneficio es lo que cuenta*. Neoliberalismo y Orden global. Barcelona. Ed. Austral
- Calame, P. (2009). *Hacia Una Revolución de la Gobernanza*. Ecuador. Ed. Nacional
- Dahl, R. (1985). *El control de las armas nucleares*. Buenos Aires. Ed. SRL
- Durand, F. (2017). *Los doce apóstoles de la economía peruana*. Lima. Ed. PUCP.
- Dubet, F. (2014). *La Préférence pour l'inégalité*. Ed. París. Presses de Science Politique
- Delsol, Ch., y De Ligio, G. (2019) *La Démocratie Dans L'Adversité*. Paris. Ed Du CERF
- Harari, N. (2016). *De animales a dioses*. Buenos Aires. Ed. Penguin Random House.
- Innerarity, D. (2015). *La política en tiempos de indignación*. Barcelona. Ed Galaxia Gutenberg.
- Kaiser, B. (2019). *La Dictadura de los Datos*. Madrid. Ed Harper Collins
- Klein, N. (2014). *La doctrina del shock*. Buenos Aires. Ed Paidós.
- Miró Quesada, F. (2007). *Del Ágora Ateniense al Ágora Electrónica. El Futuro de la Democracia*. Editorial Universitaria UNI, Fondo editorial de la UNMSM.
- Mouffe, Ch. (2016). *La paradoja de la democracia*. Barcelona. Ed. Gedisa.
- O'Neil, C. (2017). *Armas de destrucción Matemática*. Madrid Ed. Capitán Swing
- Phillips, P. (2020). *Megacapitalistas*. México. Ed Roca
- Piketty, T. (2019). *Capital e Ideología*. España. Ed Planeta.
- Said, E. (2004). *Humanisme et Démocratie*. France. Ed. Fayard.
- Sandel, M. (2020). *La tiranía del mérito*. Barcelona. Ed. SAU

Recibido el 24 de agosto de 2023
Aceptado el 14 de septiembre de 2023